

ACERCA DE LA CONFLICTIVIDAD POLÍTICA EN LAS PROVINCIAS UNIDAS DE SUD AMÉRICA: LA TRAYECTORIA DEL CHILENO JOSÉ MIGUEL CARRERA Y LA FORMACIÓN DEL “EJÉRCITO RESTAURADOR” EN BUENOS AIRES (1818-1820)¹

Beatriz Bragoni²

Resumen

En las últimas décadas la historiografía de las revoluciones de independencia hispanoamericanas contribuyó a atemperar el peso del “mito de origen” en el análisis de las comunidades políticas nacidas del colapso del poder español en América. No obstante, el consenso sobre el nuevo canon no elude atender el dilema de las formas a través de las cuales los componentes identitarios de las antiguas patrias criollas, y la precoz vida independiente contribuyeron a formar identidades políticas nacionales distintas a las prevaecientes después de 1830. El itinerario del patriota chileno José Miguel Carrera en las Provincias Unidas del Río de Plata entre 1818 y 1820 se convierte en un recurso de excepción para restituir las características de un desempeño político recostado en los márgenes del poder revolucionario, y del papel que habrían de cumplir las identidades territoriales y políticas en el ciclo de las guerras disparado con las revoluciones de independencia.

Palabras claves: Revoluciones de Independencia en América del Sur, Conflictividad y acción política colectiva, Identidades territoriales y políticas.

Abstract

In the last few decades the literature on the hispanoamerican independence revolutions contributed to moderate the weight of the ‘myth of the origen’ in the analysis of the political communities born from the collapse of the Spanish power in America. Nevertheless, the agreement about the new canon does not obviate the dilemma presented by the forms through which the identity components of the old ‘patria criolla’, and the early independent life contributed to form national political identities divergent from the ones that came after 1830. The intinerary of the chilean patriot José Miguel Carreras in the Provincias Unidas del Río de la Plata between 1818 and 1820 allow us to reconstruct the characteristics of a political performance in the margins of the revolutionary power, and the paper that would be accomplished by the territorial identities and the policies in the independence wars.

Key Words: Independence Revolutions in South America, Conflicts and Political Actions, Territorial and Political Identities.

¹ Una versión previa del trabajo fue presentada en las *VII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia* (Tucumán 2007) como parte del PIP CONICET 6073. Agradezco a Ana Frega los comentarios recibidos.

² CONICET, Universidad Nacional de Cuyo, Venezia 1117- Benegas, (5501) Mendoza. Correo electrónico: bbragoni@lanet.com.ar

*Carrera era un hombre de buen
entendimiento,
de mucho atractivo personal y
extraordinaria osadía.*

José L. Busaniche, *Historia Argentina*,
Taurus, p.321.

La figura de José Miguel Carrera ocupa un lugar controvertido en la historiografía chilena y argentina. Ese lugar resulta tributario de una convulsionada vida política dirimida por los avatares de las revoluciones de independencia en los confines australes del antiguo imperio español, en la cual la fragilidad de sus éxitos y la contundencia de sus fracasos despliegan de forma traumática las vicisitudes a las cuales se enfrentan quienes se proponen asaltar el poder.

Nacido en la antigua capital de reino de Chile, en 1785, en el seno de linajes patricios, José Miguel había ensayado sus primeras armas en defensa del Monarca legítimo en la península, y como otros españoles americanos, emprendió el viaje de regreso a su Patria para plegarse a la marea insurgente que envolvía a las ciudades principales de las posesiones españolas en América.³ Convertido luego en cabeza de la facción más radical del nuevo gobierno chileno, y después de sofocado el foco revolucionario por las fuerzas realistas en Rancagua, dirigida desde Lima por el Virrey Abascal, José Miguel y muchos otros emprendieron el camino del exilio a “los territorios libres de las Provincias del Plata”. Entre 1814 y 1821 el otrora caudillo de la revolución chilena quedó desplazado de la conducción de la guerra de independencia. En ese lapso nuestro personaje se incorporó de lleno en el escenario político del Río de la Plata a partir de alianzas inestables, con el propósito de combatir el poder de los “tiranos” que obstruían su regreso al Chile ya independiente, representado por la conducción autocrática de Juan Martín de Pueyrredón en Buenos Aires, José de San Martín en Cuyo y de Bernardo de O’Higgins en Santiago. En medio de una enredada trama de conspiraciones urdida con apoyos chilenos y rioplatenses, que conoce un punto de inflexión notable en el fusilamiento de sus hermanos Juan José y Luis en 1818 en Mendoza, capital de la jurisdicción cuyana, y de la muerte de Manuel Rodríguez en Chile para cuando las tropas patriotas coronaban su éxito en Maipo, Carrera asiste a una metamorfosis política que lo transforma en un furioso opositor a la conducción directorial en las Provincias Unidas y en Chile.

La intervención del chileno José Miguel Carrera en Cepeda y en los acontecimientos que siguieron al colapso de las Provincias Unidas adquirió particular importancia en las narrativas clásicas en la medida que esa intervención operaba como

³ Diego Barros Arana, **Historia jeneral de Chile**, Tomo VIII. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. Edición a cargo de Villalobos (1º edición 1884); Jaime Eyzaguirre, **Ideario y ruta de emancipación chilena**, Santiago, Editorial Universitaria, 1957; Ricardo Donoso, **Las ideas políticas en Chile**, Buenos Aires, Eudeba, 1970; Sergio Villalobos, **Tradición y reforma en 1810**, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1961; Alfredo Jocelyn Host-Letelier, **La independencia en Chile. Tradición, modernización y mito**, Madrid, MAPFRE, 1992.

dispositivo distorsivo de los mitos fundacionales de la nacionalidad argentina.⁴ Ese vector insospechado o no deseado, tenía que ver concretamente con la inclusión de José Miguel en la inestable y diversa alianza que congregó a los adversarios de los directoriales que ganó mayor vigor después de 1818 y que se puso en evidencia en Cepeda cuando el chileno ofició una suerte de arbitraje entre el gobernador porteño Manuel de Sarratea y los líderes federales del Litoral, Estanilao López y Francisco Ramírez. Sería sobre todo la formación de un “Ejército Restaurador” formado por chilenos en la misma Buenos Aires la que movilizaría una furiosa oposición porteña que no tardó en manifestarse en la prensa, y en la intransigente política de los custodios del orden porteño y del puñado de poderes provinciales resultantes de la disolución del poder central, orientada a “exterminar” su influjo del completo territorio de las provincias de la *antigua unión*.

Este trabajo se aboca en particular a restituir las acciones políticas ensayadas por José Miguel entre 1818 y 1820 en el escenario rioplatense con un doble objetivo: por un lado, la documentada trayectoria del chileno permite identificar la variedad de estrategias políticas desplegadas para esmerilar el precario consenso del poder directorial que incluye la conspiración, la guerra de propaganda y la acción militar como jefe de la División de Chilenos que integró el ejército federal en 1820; por otra parte, la intervención política del líder chileno en los acontecimientos que sellaron la fractura del poder central en Buenos Aires, y en el crítico clima bonaerense que le siguió, arrojan evidencias sugestivas para reflexionar—tal como lo ha sugerido Thibaud—⁵ acerca de la sedimentación de las identidades políticas nacionales en el curso de las guerras de independencia.

La guerra de papeles en Montevideo

El 12 de febrero de 1817 el triunfo del ejército patriota en la cuesta de Chacabuco robusteció la posición de quienes habían dirigido los destinos políticos de las Provincias Unidas desde la declaración de la independencia el año anterior. La victoria patriota afianzó la autoridad de Pueyrredón como Director Supremo, y consagró el ascendiente de San Martín en Buenos Aires el cual quedó atestiguado en la cadena de invitaciones que acompañaron su estadía en la ciudad: celebraciones callejeras, bailes y representaciones teatrales se convirtieron en testimonios elocuentes de la expectativa depositada en los círculos rioplatenses sobre el curso auspicioso de la

⁴ Es la visión sobre todo de Vicente F. López, **Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852**, Buenos Aires, Editorial Sopena, 1958, Tomo III y IV (1° edición Casavalle Editor 1881/1887). El derrotero carrerino también fue abordado por Bartolomé Mitre, **Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana**, Tomo V, Buenos Aires, Jackson, Tomo II. El abordaje de Joaquín Pérez es de consulta obligada. Véase su **San Martín y José Miguel Carrera**, Buenos Aires, Facultad Eva Perón [Universidad Nacional de La Plata], 1954; además, José Luis Busaniche, **Historia Argentina**, Buenos Aires, Taurus, 2004 (1° edición 1965).

⁵ Clément Thibaud, “Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de independencia en Colombia y Venezuela”, en Jaime Rodríguez (coord.), **Revolución, independencia y las nuevas naciones de América**, Madrid, MAPFRE/Tavera, 2005, p. 233.

guerra de independencia. Del otro lado de la cordillera, los festejos que acompañaron el ingreso del ejército de los Andes a Santiago terminaron por consolidar el discutido liderazgo de Bernardo de O'Higgins que por el momento no daba lugar a ningún tipo de reemplazo.⁶ No obstante, la incertidumbre no había cesado: la reconquista de Santiago debía servir para sumar recursos y acciones para proseguir la guerra en el sur, convertido en reducto realista después de dispersadas las fuerzas dirigidas por el general Mariano de Osorio, y esa exigencia obligaba al gobierno de Pueyrredón a imponer nuevas contribuciones para consolidar la independencia del bastión chileno y despejar para siempre el asedio de los realistas en esta parte del antiguo imperio español. Pero el contexto en el cual se dirimía el precario emprendimiento político soberano en el Río de la Plata albergaba otro dilema no menos acuciante en cuanto el gobierno del "sistema de la unión" enfrentaba el acecho de la oposición artiguista y de quienes habían sido desplazados de la conducción directorial en el otoño de 1815.

Ese escenario impulsó a José Miguel Carrera a diseñar una estrategia orientada a sumarse al elenco de adversarios de los directoriales en las Provincias Unidas, y alentar además la oposición al mismo O'Higgins en Santiago para lo cual activó contactos con el fin de poner en marcha una conspiración, sostenida por una red de aliados chilenos afines al liderazgo que había construido durante la Patria Vieja, y confiado en que su arribo a Chile con los oficiales y soldados del "ejército restaurador" activaría el apoyo popular. Allí había sido destinado a fines de 1814 después de haber protagonizado una tensa disputa con el Gobernador Intendente de Cuyo, José de San Martín, quien en coordinación con las autoridades del Directorio, y la decidida intervención de O'Higgins, habían excluido a José Miguel de los planes militares orientados a la reconquista chilena. Por consiguiente, eludir los controles impuestos por el gobierno de Pueyrredón en Buenos Aires se convirtió en un objetivo primordial después de haber desechado la propuesta del director supremo de oficiar como delegado ante el gobierno norteamericano aprovechando los contactos construidos durante su estadía en el país del norte.⁷ De tal forma, y mientras sus hermanos Juan José y Luis Carrera emprendieron la travesía a Cuyo con la idea de pasar a Chile, José Miguel logró fugarse del buque donde se hallaba recluido con el beneplácito de su carcelero. A mediados de 1817 puso pie en Montevideo, y de inmediato se sumó al grupo de emigrados porteños contrarios a los directoriales a través del vínculo construido con Carlos de Alvear desde su arribo a Buenos Aires en 1814. En el marco de una organización secreta, y junto a otros personajes involucrados en la política rioplatense como Nicolás de Herrera, Tomás de Iriarte, Juan Larrea y los chilenos Miguel de Gandarillas, Pedro Vidal y Diego Benavente, Carrera se abocó a la actividad editorial para lo cual contaba con una imprenta adquirida en Estados Unidos cuando gestionó apoyos para financiar la pequeña flota con la que había pretendido (y todavía creía

⁶ Los bailes celebrados con motivo del triunfo patriota en Chacabuco donde los invitados exhibían un gorro frigio lacre con franjas de cintas bicolores azules y blancas, fueron evocados por Vicente Pérez Rosales en **Recuerdos del Pasado** publicado en Santiago en el último tercio del siglo XIX.

⁷ En el marco de la crisis de 1815 los hermanos Carrera habían sido detenidos en Buenos Aires bajo sospecha de propiciar intrigas en la capital. Ya en libertad, José Miguel obtuvo la autorización para viajar a Norteamérica donde permaneció hasta el verano de 1817.

posible) arribar a Chile por el *mar del Sur*. El mismo Iriarte evocaría años después que Montevideo constituía el centro de irradiación de una sostenida política de propaganda contra “Pueyrredón, sus ministros y las personas más influyentes de la administración que pertenecían a la gran logia”, y no dudó en identificar a José Miguel como el “campeón formidable” que reforzaba “las filas de los disidentes” al gobierno central.⁸ Algunos autores atribuyen al otrora ministro Nicolás de Herrera haber influido sobre Carrera sobre los beneficios de sumarse al elenco de opositores al centralismo porteño que adherían a la federación. Al respecto, en 1818, Herrera se dirigía al chileno en los siguientes términos: “De tal modo, General que para nosotros es precioso tomar el partido de la federación si queremos movernos de nuestro baluarte (por Montevideo). No se olvide que eso será dentro (de) muy breve tiempo la situación que se produzca: la federación vendrá y nosotros debemos aprovecharla”.⁹

El Manifiesto dirigido a los pueblos de Chile por el ciudadano José Miguel Carrera, fechado el 4 de marzo de 1818, constituye una pieza de enorme valor para penetrar en la cosmovisión política del chileno edificada desde la emigración. “Siempre me pareció digno de un hombre honrado sacrificar su reputación a la de su Patria. Si esta máxima no constituye el heroísmo, es, por lo menos, el resumen de las virtudes más sublimes del ciudadano”. Esta declaración de principios es la que abre una densa y extensa descripción de los pasos seguidos a través de la cual pretendía dar cuenta de que el patriotismo había inflexionado cada uno de los servicios prestados y que sólo “la envidia y la venganza de sus rivales” podían llegar a injuriar. El patriotismo, los preceptos republicanos y la independencia sudamericana operan en el manifiesto como una trilogía que estructura y justifica un derrotero político inaugurado en la península en 1808, revitalizado en Chile entre 1811 y 1814, y vuelto a reeditar en su periplo ya errante como emigrado en las tierras del Plata. Pero ese periplo no estaría destinado tan sólo a preservar su reputación sino también la de la misma patria chilena que justificaba cualquier infortunio personal. En sus palabras: “La defensa de mi honor se ha convertido en una obligación civil, desde que el sufrimiento puede comprometer los derechos sacrosantos de la Patria. Ya es necesario romper en obsequio de vuestros intereses el silencio que había guardado en perjuicio de mi reputación. No sería prudente callar por delicadeza lo que es preciso publicar por deber. *Nosotros hemos peleado, hemos derramado nuestra sangre para destruir la tiranía no para cambiar de tiranos*” (el destacado es del original). Con ello José Miguel disparaba concretamente contra los administradores del poder revolucionario rioplatense que amparados en la defensa de la libertad americana habían sometido a Chile a una nueva servidumbre que exigía denunciar y eliminar. Sobre la base de una operación intelectual (que es también retórica), José Miguel asimilaba su propio infortunio al destino de la Patria chilena impedida de ingresar al concierto de las naciones por el gobierno de Buenos Aires:

⁸ Tomás de Iriarte, **Memorias, La independencia y la anarquía**, Buenos Aires, Ediciones Argentinas, 1944, p. 170 y 213.

⁹ Guillermo Feliú y Cruz, “La Imprenta Federal de V. Griswold y John Sharpe, 1818-1820”, en **Revista Chilena de Historia y Geografía**, Tomo XL, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1921, p. 417.

“Chile, América, el Mundo, y mis propios enemigos iban a presenciar el testimonio más brillante de la energía de mi patriotismo, cuando un Gobierno levantado sobre las ruinas del antiguo despotismo, que se titula Republicano, Restaurador de los derechos de la naturaleza, Protector de los Pueblos de Sud América, el primero que abrió la marcha hacia el templo de la Libertad. ¡¡¡ El Gobierno de Buenos Aires!!!, atacando los principios de su constitución destruye la obra de mis servicios con un golpe de poder arbitrario, despoja a Chile de grandes y permanentes recursos para la guerra de la Independencia; al interés de su ambición sacrifica mi gloria y mi fortuna; me abate en fin, me calumnia, me persigue hasta el exterminio invocando el sagrado de la Patria”.

Esas razones justificaban plenamente no sólo hacer pública su defensa sobre su conducta y acciones patrióticas sino ante todo porque era necesario avisar a los Pueblos de los peligros existentes a los fines de prevenirlos contra “las redes que arman la ambición detestable de un enemigo doméstico encubierto con el Paladión de la Libertad Pública”.

Un mes después, en abril de 1818, dos acontecimientos decisivos interfirieron por completo las expectativas de José Miguel de regresar a Chile. Durante su estadía montevideana, y por medio de una sentida carta dirigida por un fiel oficial carrerino residente en Buenos Aires, tomó conocimiento del fusilamiento de sus hermanos Luis y Juan José en Mendoza; esa magra noticia iba acompañada de otra no menos importante: el 5 de abril el éxito del *ejército Unido* frente a las fuerzas realistas en Maipú coronaba el poder de los directoriales en ambos lados de la cordillera, y esa situación atentaba concretamente con el proyecto de desplazar a su rival Bernardo de O’Higgins del poder en Santiago, y forzar la salida del ejército sanmartiniano del territorio chileno. Ambos acontecimientos no sólo esmerilaron el plan carrerino sino que radicalizaron la posición de José Miguel frente a los gobiernos patriotas de ambos márgenes de los Andes. Una furibunda proclama dirigida *A los habitantes libres de los pueblos de Chile* atestigua la manera en que la pena capital impuesta a sus hermanos caídos en desgracia, por un Tribunal encabezado por Bernardo de Monteagudo en la capital de la Gobernación cuyana, habría de inflexionar el itinerario carrerino hasta niveles insospechados:

“Pueyrredón, San Martín, O’Higgins: ved aquí sus bárbaros asesinos [...] Después que los Carrera han sido asesinados porque gemían la opresión de su patria, porque aspiraban a su independencia, nadie puede ya pronunciar impunemente el nombre de Libertad. Están decretados los destinos de Chile. Una provincia obscura de la capital del Río de la Plata! [...] Compatriotas: Que mueran los tiranos para que la patria sea libre e independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos que esos viles opresores [...] ¡Venganza patriotas! ¡Odio eterno a los déspotas de Sud América!”¹⁰

Aunque el contenido de la proclama estuvo lejos de ser festejado incluso por algunos de sus aliados, la arenga dirigida a los chilenos puso en escena un tema decisivo

¹⁰ Véase la Proclama, en J. Pérez, **San Martín y José Miguel Carrera**, op.cit. p. 92.

de la percepción política del otrora líder chileno. Con ella, Carrera no sólo impugnaba el poder de los directoriales liderados por Pueyrredón como expresión de un formato político centralizado que oprimía la soberanía de los pueblos libres, sino ante todo interpretaba ese ejercicio de poder como sostén de una fuerza militar acantonada en Santiago la cual había remplazado la vocación libertadora por otra invasora con la aspiración de anexar el antiguo reino de Chile al gobierno porteño o de Buenos Aires: “Chile será una colonia de Buenos Aires como lo fue de España en otro tiempo. Su comercio e industria respetarán los límites que le prescriba el interés inmediato de la nueva metrópoli. De aquí saldrán Gobernadores para sus Provincias, Magistrados para sus Pueblos, Generales y Ejércitos para sus Fronteras”.¹¹

La proclama alcanzó difusión en las Provincias Unidas y en Chile; y aunque sea difícil evaluar la recepción de las mismas, San Martín acusó recibo del alcance de su circulación y escribió a Pueyrredón quien evaluó que la base de operaciones de los impresos era Montevideo, y no Buenos Aires. Tal como se lo manifestó en una carta de carácter reservado, el Director Supremo estaba al tanto de las operaciones editoriales llevadas a cabo por el chileno: “Como la proclama de Carrera que Ud. me ha incluido, han aparecido muchas; pero usted se equivoca en creer en que ha sido impresa en Buenos Aires: hace tiempo que no existe la imprenta de Gandarillas, única de quien pudiera presumirse tal atentado, y además sabemos hace tiempo que se estaba imprimiendo ésta y un manifiesto igual en Montevideo, en la casa de José Miguel y con una imprenta particular suya”.¹²

San Martín acusó recibo de las imputaciones carrerinas y bosquejó un manifiesto durante su breve estancia en Buenos Aires en el invierno de 1818 con el propósito de interceptar el incisivo alegato que cuestionaba decididamente su intervención en la negativa de facilitar a los emigrados el regreso a Chile, y su eventual influencia en el juicio y castigo impuesto a los hermanos Carrera en el pasado mes de abril. En uno de los párrafos más sobresalientes de la también extensa argumentación que se vio obligado a realizar –aunque no hizo pública– tomó distancia del chileno al proponer una interpretación absolutamente contraria a la carrerina sobre la concepción del cuerpo político que ambos defendían, y de los vínculos que, a su juicio, debían primar en la causa americana. Con la intención de “liquidar las ideas confusas que volaban en mi mente” para elaborar “el concepto que pusiese en su claro distinto el punto de vista de la cuestión”, San Martín concluía:

“que los chilenos tenían un orden á la hermana hospitalidad y protección nuestra, como partes del cuerpo sudamericano que había proclamado la libertad política; pues aunque esta parte obrase según sus intereses, y sus medios, era siempre en la dirección general inseparable de la conveniencia de todo el cuerpo, pudiendo, por la relación de aspirantes a un fin determinado, llamarnos con ellos, una adherencia de las partes del cuerpo social americano, aunque no pudiésemos llamarnos un pueblo”.

¹¹ *Aviso a los pueblos libres de Chile* de José Miguel Carrera, 24 de junio de 1818.

¹² De Juan Martín de Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires 7 de agosto 1818, en Carlos A. Pueyrredón, **La campaña de los Andes. Cartas secretas e instrucciones reservadas de Pueyrredón a San Martín**, Buenos Aires, Peuser, 1942, facsimil 137/138.

Para después agregar en clara alusión a la desbaratada conspiración dirigida por los Carrera que había culminado con el fusilamiento de los hermanos de José Miguel, y la reclusión de sus aliados políticos en Chile de la cual había participado:

*“Que si esta relación de un interés general, nos daba derechos recíprocos a nuestra protección y auxilio, también nos imponía los deberes mutuos de no contravenir al designio, que hacía del vínculo social para las dos partes [...] Yo deducía [...] que el que tentara tal empresa sería un parricida, no sólo culpable para ante la parte que habría sacrificado, sino también para ante todo el cuerpo social americano. Porque yo entendía, que si los chilenos, y los provincianos unidos, tomados colectivamente, gozando de una perfecta igualdad, sin dependencias los unos de los otros, se hallaban como en un estado de naturaleza: los atentadores individuales decaían de él, y se ponían en un estado de guerra contra las dos parte colectivas”.*¹³

Por circunstancias que desconocemos San Martín no concluyó el manifiesto en cuestión, y preservó su opinión sobre las acusaciones carrerinas en los meses que siguieron. No obstante, y aunque en un comienzo Pueyrredón subestimó el efecto que podía llegar a alcanzar la guerra de papeles disparada desde Montevideo, el 2 de julio se propuso poner límite a los adversarios allí residentes, y escribió al General Lecor en los siguientes términos:

*“No ha podido serme indiferente que un gobierno en paz y armonía con el de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y con quien ha ofrecido mantener las más estrechas relaciones de amistad y confianza, permita y tolere la impresión de esos papeles incendiarios, que atacan escandalosamente a las autoridades constituidas, invierten el orden público, propagan el germen de la discordia, y preparan la más monstruosa anarquía”.*¹⁴

La protesta del Director Supremo no tuvo eco favorable en el gobierno de Montevideo. La respuesta del Barón de la Laguna puso de manifiesto que por el momento estaba dispuesto a tolerar la actividad de los opositores al gobierno central de las Provincias Unidas, atreviéndose incluso a darle algunas recomendaciones sobre los preceptos que debía guiar a todo gobierno libre: “Un General de una nación respetable no puede entrometerse sin bajeza en las contiendas insignificantes de los partidos revolucionarios de un país extranjero; y un gobierno fuerte y liberal desprecia los pequeños ataques de sus rivales, cuando tiene afianzada su reputación pública sobre principios de moderación y justicia”.¹⁵

En medio de estas protecciones institucionales (sin demasiadas garantías de perdurar), Carrera no sólo continuó con su tarea editorial sino introdujo nuevos

¹³ Borradores de San Martín, Buenos Aires, julio 1818, **Documentos Archivo San Martín**, Tomo III, p. 645.

¹⁴ J. Pérez, **San Martín y José Miguel Carrera**, pp. 94.

¹⁵ J. Pérez, **San Martín y José Miguel Carrera**, p. 94-95.

formatos a la guerra de propaganda que venía realizando desde su arribo a Montevideo. Si las proclamas y el manifiesto al que hicimos referencia no abandonaron la escena, el chileno habría de sumar a ellas caricaturas y el periódico El Hurón que se convirtió desde entonces en la principal, cuando no la más influyente, voz opositora al gobierno. Algunos historiadores –como Joaquín Pérez– consideraron que se trató de la publicación más importante y efectiva de la *Imprenta Federal*, y no dudó en proponer que representó una de las causas que aceleraron la caída de los guardianes del sistema de la unión.

El sagrado tribunal de la opinión pública: el Hurón

¿Cuál fue la agenda de temas dirigida contra el gobierno? ¿Qué tópicos estructuraban el lenguaje político de José Miguel en su obsesionada disputa por torcer el rumbo de la política directorial?

Un prospecto, tres números y otros impresos entre comunicaciones y noticias integran el corpus de documentos que salieron a la luz en el curso del año 1818 de la imprenta adquirida por José Miguel en su viaje a los Estados Unidos, y que fueron refutadas en más de un caso en las páginas de la Gaceta de Buenos Aires y de Santiago en función de los argumentos utilizados por el chileno en su lucha contra los directoriales.¹⁶

Para ese entonces, la declaración de la independencia en la “dulce Chile” a la que aspiraba arribar, exhibía situaciones que a sus ojos se convertían en evidencias suficientes de cuánto la injerencia de los “porteños” gravitaba en la vida política chilena, y que había dado origen incluso a tensiones a raíz del arribo de funcionarios que al estilo de Hilarión de la Quintana o de Tomás Guido operaban en la política local. Esa evidencia se acompañaba de otras igualmente importantes que afectaban en particular la convivencia de los regimientos y batallones que integraban del flamante *ejército unido* –conformado después de Chacabuco como consecuencia de la reunión del ejército de los Andes y las tropas chilenas–, que se habían puesto de manifiesto ante el otorgamiento de ascensos y premios a la pléyade de guerreros que habían conquistado el éxito de Maipú, y que había obligado al gobierno de las Provincias Unidas a diseñar y entregar distinciones con los colores celeste y blanco que lo identificaban.¹⁷ El delicado clima político chileno ya independiente que había consagrado a O’Higgins como Director Supremo después de haber sometido la injerencia de liderazgos que podían ofrecerle algún tipo de competencia –como el de Manuel Rodríguez muerto en situación dudosa entre el desastre de Cancha Rayada y Maipú–, y la guerra que libraba el gobierno de las Provincias Unidas contra Santa Fe, y el mismo Artigas, representaron

¹⁶ Se editaron a lo largo de 1818 un prospecto, tres ejemplares y otros impresos entre comunicaciones y noticias. Véase, www.memoriachilena.com.cl

¹⁷ Para las tensiones originadas en ese contexto me permito remitir a mi trabajo, “Guerreros virtuosos, soldados a sueldo. Formas de reclutamiento militar en los ejércitos de la independencia”, *Dimensión Antropológica*, CONACULTA. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, Año 12, n° 35, setiembre-diciembre, 2005, pp. 95-137.

para José Miguel muestras elocuentes de que las independencias del poder español no había dado lugar a ningún tipo de reemplazo sino que los formatos y estilos políticos instituidos por los gobiernos patriotas habían renovado la opresión sobre los pueblos. Esa potente convicción –que amerita ser interpretada en la clave del Derecho de Gentes como en el republicanismo que había permeado su gestión como máximo jefe político de la Patria Vieja– le servía para impugnar la concepción centralista del poder revolucionario la cual se manifestaba en diferentes planos: la impugnación carrerina estaría dirigida a denunciar que el gobierno de las Provincias Unidas con sede en Buenos Aires al tiempo que libraba una tenaz guerra contra los pueblos de la liga federal, extendía sus tentáculos sobre aquellos que dirigían los destinos de la flamante nación chilena dando por resultado la sumisión de O’Higgins y la servidumbre del “pueblo chileno”, en beneficio del predominio excluyente de Pueyrredón, San Martín y la Logia que los había enarbolado en la cúspide del nuevo poder.

Ese núcleo argumentativo estructuró la guerra de propaganda por él diseñada y difundida en las páginas de El Hurón. *El Prospecto* fue editado en respuesta al número de la *Gaceta* que festejaba el triunfo de Maipú, y que daba cuenta del fusilamiento de sus hermanos en Mendoza. Allí el editor aunque no dejó de reconocer la importancia de la consolidación de la independencia, puso de manifiesto que ésta no había tenido impacto favorable en la administración “liberal” en la medida que la victoria patriótica había sido simultánea a la muerte de los dos ciudadanos “sin Ley y sin derechos”. El Hurón entonces se erigió como veedor de “la conducta pública y secreta del Gobierno en todos los ramos de la administración, y la de los individuos que tienen el verdadero influjo en los negocios y son los compañeros y agentes de sus crímenes”. Enarbolado como voz contraria a la oficial, el periódico asumió un papel destinado a evaluar “la verdadera historia de la revolución en el estado presente”; y, si a raíz de esa tarea, alguno podía sentirse calumniado terminaba invitándolos a postergar el “funesto recurso de los tiranos”, como la persecución y el espionaje, y usar en cambio las “armas de la imprenta” en su defensa para ser juzgados por el “sagrado tribunal de la opinión pública”.

Denunciar los vicios de la administración e identificar el origen y el remedio de los desvaríos estructuró una impugnación progresiva que apuntaba concretamente a poner en duda la legitimidad de origen y de ejercicio del gobierno.¹⁸ De un lado, El Hurón anunció a sus lectores que era necesario identificar los “resortes de la corrupción” que había transformado la “magia de Chacabuco y Maipú” en un poder despótico sintetizado en la figura de Pueyrredón y sostenido por el Congreso soberano: allí develó el “gran secreto” de los *jacobinos* o *sans-culottes* que devenidos en aristócratas, habían operado o arbitrado las elecciones de representantes del Congreso como lo había practicado el Cabildo de Buenos Aires en 1815. El gran secreto no sólo ponía en duda las cualidades personales de los elegidos en ambas ocasiones, sino también los procedimientos electorales instrumentados para la selección de las autoridades. Con esa impugnación apuntaba concretamente a responsabilizar a los

¹⁸ Hago notar aquí que tanto la *Gaceta* –editada por Julián Álvarez– como *El Abogado Nacional*, de Pedro Agrelo, salían al cruce de las ediciones furiosas del Hurón.

“masones” y “tiranos”, reunidos en el “Club de los aristócratas”, de no haber promovido un “sistema de constitución” que fijara las bases de la independencia nacional, y asegurara la libertad de los pueblos más aun cuando se hallaban libres de amenazas exteriores:

“¡Pueblos de las Provincias Unidas! No existe el Congreso, no hay representación nacional. ¿Para qué ha de haber diputados? [...] Yo podría nombraros todos los criminales, designar los corrompidos y los ineptos, proponer que fuesen subrogados ¿pero con qué esperanza? Entretanto que subsistan los clubs, ellos serán árbitros de vuestra suerte pagaréis ingentes sumas para sostener a los creídos representantes y a su vista y con su apoyo se prostituirá la justicia, se violarán todas las leyes, se perfeccionarán las cadenas con que se pretende esclavizaros, y para colmo de ignominia se supondrá sancionado por vosotros el sistema de la tiranía más escandalosa”.

Esa condena moral imponía soluciones de excepción frente al estado de cosas: “si deseáis Congreso, autoridades legítimas, orden, tranquilidad, en una palabra, si queréis tener patria, haced la guerra a los aristócratas, declarándoos en insurrección contra la tiranía”.

La circulación del impreso coincidió con la difusión de las noticias de las conversaciones mantenidas con el virrey de Lima, la supresión de derechos individuales por parte del Congreso, y las gestiones realizadas por ambas administraciones para preservar los bastiones patriotas bajo la protección externa. A los ojos del chileno, todas esas novedades eran inadmisibles y justificaron una edición complementaria con el propósito de poner en escena los pasos realizados por el gobierno del sistema de la unión en la guerra contra Santa Fe. Ese marco resultó oportuno para canalizar el último exponente del fugaz emprendimiento editorial el cual apuntó de lleno a la guerra librada en el Litoral en la medida que exhibía de hecho la disolución de los vínculos de las provincias y pueblos:

“El pueblo de Buenos Aires está sobre un volcán espantoso que amenaza envolverlo en ruina y desolación; el Gobierno se empeña en ocultarle el peligro que los progresos de la combustión le harán advertir acaso cuando su suerte esté decretada sin remedio; la ominosa guerra contra Santa Fe; esa terrible lucha de los déspotas contra los pueblos se enciende hoy con un furor desconocido en el siglo XIX y la mayor parte de los habitantes de la capital ignora la causa de esta desgracia y los resultados que ofrece a nuestras armas”.

Hasta aquí la guerra de papeles encabezada por José Miguel reúne requisitos suficientes para ser interpretada como un ejemplo más de la manera en que la cultura impresa había abandonado el recoleto mundo de las elites letradas de las ciudades para penetrar en la vida de vastos contingentes de individuos movilizados por las revoluciones de independencia acaecidas en las principales capitales sudamericanas a

partir de 1808.¹⁹ Y ese experimento de propaganda política doméstica sugiere no sólo que la guerra marcaba el ritmo de la política, sino que además propugnaba la insurrección como herramienta legítima de la justicia revolucionaria. Sin duda los argumentos aquí desarrollados estaban destinados a quebrar la voluntad de los directoriales en cuantos artífices de un ejercicio político opuesto a las promesas libertarias abiertas con la revolución, y conocían diferentes destinatarios: la retórica política ensayada por Carrera aspiraba a interpelar a los contingentes de chilenos dispersos en diferentes localidades rioplatenses en quienes depositaba su confianza para concretar sus aspiraciones. Sobre ello volveremos en un instante. Ahora conviene revisar el abandono de Montevideo y su decidido ingreso al conglomerado político federal que dirigía la guerra contra Buenos Aires.

De Montevideo a Entre Ríos: la alianza con los federales del Litoral

A comienzos de 1819 Lecor ejecutó la orden de abandonar la política que hasta el momento había beneficiado a los adversarios del gobierno de Pueyrredón para llevar a cabo la guerra de propaganda. Una misión encabezada por el ministro García había obtenido del gobierno de Río de Janeiro el compromiso de no admitir ninguna otra imprenta que la oficial con la confianza de poner fin a la edición de los “libelos” editados en Montevideo. Para entonces, José Miguel Carrera abandonó su asilo con la imprenta a costas, y optó por sumarse a la oposición más visible que enfrentaba el gobierno central de las Provincias Unidas sumándose al elenco de los líderes federales del Litoral.²⁰ ¿Cómo se produjo ese tránsito?

En un primer momento el chileno intentó aliarse con José Gervasio de Artigas para lo cual depositó expectativas en los vínculos existentes entre el líder oriental y el presbítero Solano García, un antiguo aliado chileno que desde 1814 “vivía con los gauchos”, convirtiéndose desde entonces en el principal artífice de los naipes alusivos al artiguismo como el que versa “con su valor y fatiga Libertó la patria, Artigas”. En la petición que Solano García elevó en abril de 1818 con motivo de haber sido detenido por atentar contra el gobierno porteño y “el sistema de la unión”, el presbítero chileno enfatizó su condición de emigrado aunque sin precisar que integraba el conglomerado de individuos ligados a Carrera, y no de O’Higgins, arribados al Río de la Plata después de la derrota de Rancagua en 1814 tal como consta en la representación elevada por los

¹⁹ Para el papel de la prensa como formadora de opinión, véase en particular, F. X. Guerra, “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”, **Revista de Indias**, Vol. LXII, Mayo-Agosto, 2002, Núm.225, pp. 357-384.

²⁰ La inclusión del chileno en las filas federales o “montoneras” ha dado lugar a un caudal de páginas escritas que no corresponde reseñar aquí: traigo solo a colación la interpretación propuesta por Pérez en la medida que se esfuerza por ubicar el dilema en las coordenadas políticas del momento rioplatense y en las pretensiones carrerinas de utilizar la debilidad del gobierno porteño para desestabilizar el poder de O’Higgins en Chile a través de una política de alianzas con los enemigos del sistema de unión.

carrerinos al entonces gobernador San Martín.²¹ En el descargo que realizó para aliviar su situación trazó el itinerario seguido desde aquel momento agonal de la Patria Vieja chilena: a diferencia de otros tantos que permanecieron en Cuyo o que pasaron a Buenos Aires, el cura García evocó su paso por Paraná, y su traslado posterior a Purificación, donde rechazó los curatos ofrecidos por el líder oriental para desempeñarse por el lapso de tres meses como secretario del Comandante Berdum, gloriándose de haber “inspirado en aquel buen hombre, durante este corto tiempo, las más benéficas y liberales ideas hacia los indígenas de esta Capital”, y destacando que desde su intervención “el nombre de Porteño” comenzó a escucharse con menos “odiosidad”.²² Para ello pasó revista a las gestiones realizadas a favor de los partidarios del “sistema de la unión”, y enfatizó particularmente la inversión realizada en la creación de una “Academia de Primeras Letras”, función que desempeñó hasta el 27 de enero de 1818 cuando Eustaquio Díaz Vélez lo tomó prisionero: “Yo hice respetar los derechos y el decoro de este Gobierno haciendo restituir su Estancia a Don Pablo Ezeiza, que la poseía D. N. Tex sin otro título que haberse quejado de que aquí se le había hecho injusticia. Yo hice volver de Gualeguay nueve vecinos que habían sido desterrados para esta Cap. Porque se les acusaba de porteñistas”. También aportó el nombre de varios testigos y de acciones que podían atestiguar que el emigrado chileno había bregado por afianzar el sistema “porteño”: de esa lealtad podía dar cuenta un puñado de vecinos honorables o notables como el sargento Evaristo Carriego, y otros hacendados y administradores del estilo de Rafaela Wrigth, Julián Panelo, el coronel José Eusebio Hereñú, el Alcalde de Paraná Damaso Carvajal y el comandante del Gualeguay, Gervasio Correa; asimismo, la correspondencia dirigida a Chile el año anterior podía convertirse en evidencia de que Solano García aspiraba viajar a Londres y Estados Unidos, y que su salida del Uruguay respondía concretamente a la intención de eludir el contacto con Ramírez (“cuya ferocidad es bien sabida y con quien había tenido diferencias por las que deseaba vengarse”) porque temía “ser víctima de su furor”.

Pero la gestión del cura García resultó infructuosa; Artigas rechazó a Carrera con la convicción de que la estancia del chileno por Montevideo si bien había robustecido el clima adverso al gobierno de Buenos Aires con su política editorial, poco había redundado en beneficio del proyecto artiguista en la medida que no había impugnado la ocupación portuguesa, sino que se había beneficiado de la protección de Lecor para llevar a cabo su embate periodístico. La negativa de Artigas entonces le impuso salir de Colonia, y remontar el río Uruguay con el objetivo de arribar al campamento de Francisco Ramírez. El 31 de julio abandonó Soriano, y el 17 de agosto, en las orillas del Gualeguay, fue recibido por el líder entrerriano quien desoyó la

²¹ Representación de los emigrados chilenos quejándose de las órdenes de confinamiento y solicitando desagravio a este ultraje, Mendoza, 19 de octubre de 1814, en **Documentos para la Historia del Libertador General San Martín**, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 1954, Tomo II, p. 291-294.

²² Archivo General de la Nación [en adelante AGN], Gobierno Nacional, Sala X, C 10, A 3, n° 6. citado en tomo XXXIV del Archivo Artigas. Agradezco a Ana Frega haberme facilitado la documentación.

autoridad del líder oriental de tomar prevenciones con los hombres provenientes tanto de Buenos Aires como de Montevideo porque “todos tramoyan contra nosotros”.²³ La pluma de Iriarte es inmejorable para advertir la cadencia de esa figura de “errante” que cruzaba la experiencia del emigrado chileno desplazado de la carrera de la revolución: “Expulsado de Chile y de Buenos Aires, arrojado de la Banda Oriental y sin recursos pecuniarios para transportarse a un país extranjero, su desesperada situación le sugirió un arbitrio todavía más desesperado. Concibió el plan de pasar al entre Ríos, provincia disidente en que el caudillo Ramírez ejercía una preponderancia que incrementaba de día en día”.²⁴

Como en Montevideo, Carrera emprendió trabajos editoriales cuyo contenido se orientaba exclusivamente a sumar oposiciones a los directoriales con el objetivo de quebrar al gobierno. Aunque su formación teórica le impedía convertirse en “escritor político”, la guerra de papeles se canalizó especialmente en la propaganda satírico-política que ironizaba la dependencia de O’Higgins y de los pueblos chilenos frente a la autoridad de San Martín y de Pueyrredón,²⁵ y en la febril arenga patriótica y libertaria reunida en las *proclamas* que dirigió a los chilenos enrolados en los ejércitos (y a la población chilena en su conjunto), como a aquellos pobladores de las Provincias Unidas que manifestaran sensibilidades afines a la “federación”. Como antes, el alcance de las mismas parece haber sido significativo en Chile y en las Provincias Unidas. Si las páginas de *El Duende*, publicado en Santiago, eran un importante instrumento de oposición del emigrado chileno, la correspondencia entre Pueyrredón y San Martín permite apreciar el relativo impacto causado por los “libelos” orientados a “infectar” el orden político que, de acuerdo a la versión de Iriarte, él era el encargado de distribuir en Buenos Aires:

*“Yo estaba comisionado para recibirlos y esparcirlos: me mandaban sacos de cal que pasaban por la aduana, yo los hacía extraer, y dentro de esos sacos, encontraba papeles incendiarios, que con dos amigos más que también pertenecían a la sociedad secreta de Montevideo, distribuíamos de noche por las casas, tirándolos a los zaguanes, patios, ventanas, azoteas, o dejándolos tirados en las calles principales”.*²⁶

Así también, las comunicaciones dirigidas por las autoridades de Córdoba a Pueyrredón, exhiben con claridad la manera en que las ediciones de la *Imprenta Federal* circularon en la campaña cordobesa que, desde 1815, aparecía conmovida por

²³ Benigno Martínez, *Apuntes históricos sobre la Provincia de Entre Ríos*, Tomo II, Uruguay, 1881, p.142 cit. en J. Pérez, *San Martín y José Miguel Carrera*, op. Cit. p. 112.

²⁴ Iriarte, *Memorias*, op. Cit. p. 214.

²⁵ Andrea Matallana, “El revés de la trama política. El imaginario nacional argentino a través del humor gráfico”, en F. Colom (ed.), *Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Tomo II, p. 1248.

²⁶ Iriarte, *Memorias*, op. Cit. p. 171.

movimientos insurgentes, ligados o no a la influencia de Artigas.²⁷ A Iriarte no le cabía ninguna duda que “esta guerra de papeles sostenida con tanta constancia, como habilidad, preparó la caída de la administración Pueyrredón y sus coadjutores”.²⁸

Hacia 1819 la creciente conflictividad que afectaba al gobierno de las Provincias Unidas se convertía en terreno favorable para los planes carrerinos de organizar un ejército con los chilenos que integraban los cuerpos armados en Buenos Aires y en el interior. En sentido estricto se trataba de una nueva oportunidad para reorganizar el “Ejército restaurador” con el que venía acariciado la idea de reconquistar Chile bajo su liderazgo desde 1814. En el *Manifiesto de 1818* había dejado constancia del destino de quienes se habían negado a engrosar el ejército de los Andes, y que por ello el entonces gobernador de Cuyo había dispuesto “disolver los cuerpos a los que pertenecían para integrar las fuerzas del Estado entre los regimientos de la Capital sin consultar su voluntad”; a su juicio, esa decisión inconsulta había impactado desfavorablemente entre los oficiales y la tropa: “los oficiales alojados en las casas de los españoles sin sueldo ni gratificación se vieron en necesidad de abandonar el alojamiento, y obligados a emplearse ante el estado de desnudez y miseria”. Ese énfasis particular por dar cuenta del fatal designio de los chilenos englobaba por igual a los tiempos de la Restauración con los de las pretensiones libertadoras: los bravos soldados habían sido obligados a abandonar Chile ya sea para sostener la guerra en el Perú o para hacer la guerra contra Santa Fe. En cualquiera de los casos, oficiales y soldados chilenos habían sido “arrancados de la cultura de los campos en que hallaban una ocupación honesta y lucrativa” para ser conducidos a Buenos Aires por la fuerza para “sostener un Gobierno extranjero en sus divisiones intestinas”. La situación –según Carrera– eclosionó cuando las fuerzas destinadas a pacificar Santa Fe se sublevaron, y Álvarez Thomas consiguió seducir “con engaños y promesas” a 500 chilenos que marchaban a sus órdenes para entrar en su “partido bajo condición que volverían con sus jefes a la reconquista de Chile”.

Si ese ejercicio selectivo de memoria le permitía imaginar que la derrota definitiva de Buenos Aires podía favorecer la concreción de sus aspiraciones políticas y militares por representar el centro principal de “todos los recursos”, también le permitía evaluar que se trataba de una coyuntura favorable para reclutar cerca de 600 chilenos entre aquellos arribados después de 1814, como consecuencia de la emigración pos Rancagua, y muy especialmente a los soldados chilenos enrolados en los ejércitos del rey que fueron destinados a Buenos Aires y a Cuyo después de los éxitos patriotas de Chacabuco y Maipú, por designio de San Martín. A fines de 1819 la confianza depositada en esos contingentes anónimos de compatriotas quedó atestiguada en la carta

²⁷ Véase, M. Blanca París de Oddone, “Presencia de Artigas en la revolución del Río de la Plata (1810-1820)”, en Ana Frega y Ariadna Islas (coord.), **Nuevas miradas en torno al artiguismo**, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 2001, pp.65-85. Además, Ernesto Celesia, **Federalismo argentino**, Córdoba, 1932; Valentina Ayrolo, “Entre la Patria y los “Patriotas a la rústica”. Identidades e imaginarios, armas y poder entre la independencia y la “anarquía”. Córdoba en las primeras décadas del siglo XIX”, en R. Fradkin y J. Gelman (comps.), **Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia**, Rosario, Prohistoria ediciones, 2008, en prensa.

²⁸ Iriarte, **Memorias**, op. cit. p.171.

que dirigió a su esposa donde le confesó: “Aunque me franqueen chilenos, no los tomaré hasta que hayan sido derrotados los porteños, i entonces no serán 100 sino 300 o 500”.²⁹ A esos chilenos originarios de ciudades y villas del sur, en abrumadora mayoría alojados en los suburbios de la ciudad, sin vínculos, ni ración ni comida o destinados a obras públicas en las ciudades cuyanas, José Miguel se dirigía en los siguientes términos:

*“A los chilenos su compatriota José Miguel Carrera
Como esclavos fuisteis arrancados del seno de vuestras madres y esposas, e incorporados por la fuerza a las tropas de los déspotas. Basta de sufrir la tiranía. Venid paisanos, antiguos compañeros de armas, uníos a vuestro General para restablecer la libertad de Chile, nuestra patria querida, derribando ese monstruo que con el título de Director de Buenos Aires, y sostenido por una Logia de malvados, oprime y esclaviza las Provincias de Sud América. Venid a las banderas de la liga federal de los pueblos contra el tirano, i adquiriréis un nuevo título a la inmortalidad. ¡¡¡La sangre inocente de los Carreras i de los Rodríguez!!! Tantos pueblos invadidos!!! Tantos ilustres Patriotas desterrados, mendigando el alimento en tierras extranjeras!!! Tantas familias llorando su deshonor o la pérdida de sus riquezas usurpadas por los mandones con aparentes títulos de una política feroz!!! ¡Ah! No, para vosotros están de más los recuerdos de las atrocidades de las Direcciones de Buenos Aires i Chile, después de haber sido sus víctimas. Yo soi vuestro antiguo camarada: venid i volveréis a coronaros de laureles, sirviendo a la causa de los pueblos contra los esfuerzos del despotismo central, i de la tiranía del gobierno español”.*³⁰

La lectura de la proclama ofrece indicios sugestivos de que la estrategia perseguida por José Miguel procuraba aglutinar bajo el apelativo de “chilenos” sensibilidades colectivas e identidades territoriales bajo una clave política decididamente contraria a la administración de los directoriales devenidos ahora en déspotas o tiranos al igual que el gobierno español. Y si esa razón exigía no sólo reanudar los esfuerzos para liberar a Chile, esa tarea aparecía asociada a la lucha que la “liga federal de los pueblos” sostenía contra el gobierno de Buenos Aires.

La dificultad por interpretar la real o supuesta convicción de José Miguel por la federación, como también para restituir el impacto obtenido por la ferviente invitación carrerina dirigida a sus paisanos diseminados en el Río de la Plata para sumarlos a su proyecto, no se convierte en obstáculo para evaluar su sintonía con el discurso radical artiguista.³¹ Aunque este no sea el lugar para un desarrollo pormenorizado del grado de convicción de José Miguel Carrera sobre la confederación

²⁹ Vicuña Mackenna, **Ostracismo**, op. cit. p. 222.

³⁰ Proclama de José Miguel Carrera, junio 1819, citada en Vicuña Mackenna, **Ostracismo**, op.cit. p. 217.

³¹ Véase la noción de “justicia revolucionaria” en Ana Frega, “Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista”, **Andes** 13, Cepiha-Salta, 2002, pp.75-110.

como formato político favorable a ese momento, convendría señalar algunas cuestiones relativas a su experiencia política anterior, y al contexto inmediato en el cual inscribía su estrategia de propaganda: por un lado, convendría reparar en que el dilema referido a la reversión de la soberanía a los pueblos en la experiencia chilena había dado origen a la guerra civil entre las aspiraciones de Santiago de someter las pretensiones soberanas de Concepción, la cual había favorecido la reacción contrarrevolucionaria dirigida por el virrey Abascal desde Lima;³² por otra parte, la liga federal de los pueblos representaba la única oposición visible y realmente alternativa a la revolución dirigida desde Buenos Aires.³³

Finalmente ¿es posible verificar algún tipo de recepción de las fervorosas invitaciones carrerinas? Aun evaluando la dificultad de ofrecer respuestas definitivas al interrogante, conviene discriminar su alcance en función de situaciones específicas de la interpelación carrerina a los chilenos. En primer lugar, el ensayo carrerino mantuvo la lealtad de sus antiguos oficiales –entre ellos los capitanes Tomás Urra, y los hermanos Manuel y José María Benavente– quienes respondieron favorablemente a sus iniciativas, al integrar la División de Chilenos bajo su mando, que acompañó el ejército liderado por el santafesino Estanilao López en su avance contra Buenos Aires.³⁴ Pero esas inclusiones que revelan el grado de cohesión entre la oficialidad, no resultan suficiente para evaluar el alcance de la convocatoria entre los soldados oriundos de Chile dispersos en distintas jurisdicciones rioplatenses. No obstante, las duras condiciones por las que atravesaban los prisioneros de guerra de Chacabuco y Maipú en Buenos Aires podían convertirse en terreno fértil para alentar algún tipo de expectativa que tuviera como epicentro el regreso a Chile.

Di Meglio ha reconstruido el marasmo relativo de desertiones que acuciaban a los batallones y regimientos porteños dando cuenta de los perfiles sociales y pertenencias territoriales acentuando el móvil de la desertión en el deseo de retornar a sus lugares de origen.³⁵ No obstante, algunos testimonios fragmentarios de desertores chilenos hacia 1818 sugieren que los móviles de la desertión también respondían a opciones políticas contrarias a las autoridades instituidas. Al respecto, resulta revelador el argumento que dio lugar a una denuncia realizada por un español europeo, recluido en la cárcel de Buenos Aires, quizá con la intención de ganar el favor oficial: Garrido

³² Gabriel Salazar, **Construcción del Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los “pueblos”. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico**, Santiago de Chile, 2005 (Biblioteca Todo es Historia). Especialmente Capítulo III.

³³ Tulio Halperín Donghi, **Reforma y disolución de los imperios ibéricos**, Alianza, 1986; Ana Frega, **Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007.

³⁴ Al ser tomado prisionero después del triunfo de Dorrego en San Nicolás en agosto de 1820, el capitán Benavente confesó haber sido confinado a Buenos Aires por San Martín; y solicitado permiso al gobierno de Sarratea el 1º de abril de 1820; en mayo pasó a Santa Fe para sumarse al ejército federal, y participó de la División chilenos al mando de su hermano, en Cañada de la Cruz. AGN –Sala X– Sumarios militares, 29-10-1 (Criminal contra el capitán Don Manuel Benavente por haber atacado esta ciudad en consorcio).

³⁵ Gabriel Di Meglio, “Soldados de la Revolución. Las tropas porteñas en la guerra de independencia, 1810-1820”, **Anuario IEHS-Tandil**, n° 18, 2004, pp. 39-65.

delató haber escuchado de boca de dos oficiales y siete soldados, “apodos” descalificadores a las “primeras autoridades de la Nación”.³⁶ Todos los acusados eran naturales de localidades sureñas de Chile, nacidos en Chiloé y Penco, quienes declararon haber sido “tomado para soldado” para servir en el ejército del Rey o en el ejército de Chile en tiempo de la restauración del poder español dirigida por el virrey de Lima. No era la primera vez que prisioneros chilenos habían optado por la desertión. El 8 de setiembre de 1817, poco después que los hermanos Juan José y Luis Carrera fueran detenidos en Cuyo, 25 artilleros, 3 granaderos de infantería y un húsar –en su mayoría oriundos de localidades chilenas, sin oficio y analfabetos– fueron sorprendidos como desertores mientras se dirigían al bajo del río para emprender la fuga. Juan Delgado, el primero en confesar, declaró que un “caballero” llamado José Miguel Carrera –que se hallaba recluido en una casa de la ciudad– era quien había dirigido las acciones bajo promesa de entregar plata, caballos y armas con el fin de ingresar a Chile por Copiapó con el pretexto de solicitar ser reincorporados a los ejércitos del Rey.³⁷ El argumento esgrimido guardaba estrecha relación con el utilizado por la minúscula red de chilenos residentes en Mendoza cuando los Carrera habían puesto en marcha su empresa conspirativa en el curso de 1817 con la ayuda de algunos caciques de las parcialidades indias del sur.³⁸ Aunque en este caso, las promesas que alimentaron la reunión de emigrados pobres de la ciudad cuyana eran mucho más cautivantes a las ofrecidas por el caudillo chileno en Buenos Aires: según el testimonio de un carpintero de apellido Solís, que estaba a la cabeza de la red de cómplices, los Carrera les habían prometido que una vez en Chile les darían “tierra y libertad para que nadie se metiese con ellos”.

La vía guerrera como la de la conspiración fueron imaginadas de igual modo como recurso decisivo en el desafío a los directoriales. En el curso del año 1819 la crítica situación por la que atravesaba el gobierno de la unión por la guerra en el Litoral, y las dificultades que ésta introducía en el aprovisionamiento del ejército dirigido por San Martín después de haber repasado los Andes en el verano de 1819, se convirtieron en arena favorable para que el chileno evaluara la posibilidad de alentar la desertión de las tropas acantonadas en las ciudades cuyanas a través del envío de un puñado de “hombres de campo o gauchos” de los cuales tres eran chilenos. San Martín acusó recibo de esa intentona, y no dudó en tomar previsiones para evitar cualquier tipo de desmadre entre las tropas a su mando. Esa latente amenaza que pendía sobre los custodios del sistema de la unión obligó al mismo San Martín a gestionar una comisión mediadora del gobierno chileno, “formada por americanos honrados y virtuosos”, para entrar en conversaciones con José de Artigas y Estanilao López para interceder entre los bandos en pugna, e invitó también a los cabildos cuyanos a que hicieran lo mismo “con el objeto de terminar las diferencias que con tantos perjuicios a la causa común

³⁶ AGN – Sala X, Sumarios militares, 30-1-3. Agradezco a Gabriel Di Meglio la referencia.

³⁷ AGN – Sala X, Sumarios militares, 30-3-5.

³⁸ Beatriz Bragoni, «Justice révolutionnaire en Amérique du Sud pendant les guerres d'indépendance. Le procès des frères Carrera (1818)», *Annales. Histoire, Sciences sociales*, EHESS, París, n° 5, 2008.

han existido hasta el presente”.³⁹ Ante el eventual fracaso de ambas negociaciones, el otrora general triunfante de Chacabuco y Maipú se puso al frente de la iniciativa proponiendo al jefe de los orientales y de los santafesinos a mantener una conversación personal en el punto que ellos dispusieran. Para ese entonces, San Martín calculaba que el auge liberal en la península había alejado la amenaza sobre el Río de la Plata, y esa coyuntura favorecía a echar por tierra con los “maturrangos” que entorpecían la independencia de España. Si en la correspondencia que dirigió a Don José Artigas le confesaba que su intervención respondía a asegurar la “felicidad de la patria”, y que una vez liberada habría de renunciar al empleo obtenido, la nota que dirigió a Estanilao López arroja evidencias sugestivas de su pretensión por esmerilar las chances de su adversario chileno en el conglomerado federal. El 13 de marzo de 1819 escribía San Martín al comandante de las fuerzas santafesinas en los siguientes términos: “En fin, paisano, trancemos nuestras diferencias: unámonos para batir a los maturrangos que nos amenazan, y después nos queda tiempo para concluir de cualquier modo nuestros disgustos en los términos que hallemos por convenientes sin que **haya un tercero en discordia que nos esclavice**”.⁴⁰

Cepeda y la formación del ejército restaurador

La inclusión de Carrera en los sucesos que dieron por finalizada la experiencia directorial en Buenos Aires no dejó de ser considerada por la historiografía clásica. Las versiones que dieron cuenta de aquella intervención –en la saga que va de Mitre, López a Levene, o de Saldías a Busaniche– suelen interpretar el fenómeno como producto de un accionar político motivado por pretensiones personales sujetas la mayoría de las veces a resentimientos acumulados tanto por el desplazamiento obtenido frente a O’Higgins, como en la intención de saldar la muerte de sus hermanos. Sin duda el fervoroso lenguaje utilizado en las ediciones que propició desde 1818, como la trama de conspiraciones e intrigas de las que formó parte desde su arribo al Río de la Plata, dieron lugar a ese tipo de interpretaciones que fue acompañada incluso con la percepción de muchos contemporáneos.⁴¹ ¿Qué grado de inclusión le cupo a Carrera en los sucesos posteriores al éxito de los líderes federales librado en los campos de Cepeda el 1º de febrero de 1820?

³⁹ Correspondencia y circulares de San Martín al Director Supremo, a los cabildos cuyanos y al secretario del gobierno de Chile cursadas entre septiembre, octubre y noviembre de 1819, **Documentos del Archivo de San Martín**, Tomo IV, Buenos Aires, Imprenta Coni Hermanos, 1910, p. 471-484.

⁴⁰ De San Martín a Estanilao López, Mendoza 13 de marzo de 1819, **Documentos Archivo San Martín**, Tomo VI, p.149. El destacado es del original.

⁴¹ Los análisis más recientes destinados a examinar la dinámica política porteña y la militarización en Buenos Aires tampoco han prestado mayor atención al fenómeno. Una excepción son los trabajos de Marta Bechis y Silvia Ratto aunque lo vinculan con la conflictividad de frontera y la cuestión indígena. Véase, Marta Bechis, “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX”, en N. Goldman y R. Salvatore (comps.), **Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema**, Buenos Aires, Eudeba, 1998, pp. 293-317. Silvia Ratto, **Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo: Buenos Aires 1810-1852**, Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2003.

Algunas versiones e informes de protagonistas activos de aquellas jornadas ofrecen indicios significativos de la relativa espectacularidad del chileno en los días que siguieron a Cepeda en torno a la elección de Sarratea como gobernador y las posteriores negociaciones del Pilar. A propósito de ello, Iriarte juzgó al chileno como “árbitro” de la elección de notables que ubicó al primer gobernador de la provincia soberana a raíz que los emigrados de Montevideo lo habían propuesto como “el único candidato”.⁴² Asimismo, uno de los hermanos Robertson, ponderó la conducta de José Miguel por el empeño demostrado para asegurar un aceptable comportamiento de las tropas federales en las cercanías de la ciudad: “el jefe principal era uno de los célebres hermanos Carrera que, con gran influencia sobre sus hombres, los acostumbró a guardar el orden por lo menos material, en medio de la desorganización moral que reinaba”.⁴³

El protagonismo de José Miguel también fue considerado por otro de sus tenaces adversarios, el doctor Zañartú, el representante consular de Chile en Buenos Aires, cuando alertó a su gobierno que el ascendiente de Carrera había llegado al extremo de alojarse en la casa del gobernador Sarratea, y que su influencia era significativa: “desde la primera hasta la última autoridad se ha puesto al gusto de los montoneros. Sabe demasiado hacer valer su influjo y sacar partido aún de las sombras”.⁴⁴ Ni para San Martín ni menos aún para O’Higgins el suceso podía pasar desapercibido en cuanto introducía una severa amenaza no sólo para preservar condiciones favorables de la empresa militar destinada a remontar la geografía sudamericana hacia el Perú, sino además porque la posición espectacular del chileno en Buenos Aires había generado expectativas entre los grupos adversarios a O’Higgins en Santiago.

Pero es sobre todo la correspondencia entre el gobernador Sarratea y el mismo Carrera la que arroja evidencias sugestivas de la mediación que ejerció entre el nuevo gobierno porteño y los jefes del ejército federal antes de celebrado el pacto del Pilar. El 21 de febrero Sarratea escribía al chileno:

“Tenemos el Cabildo nuevo y remplazados los miembros recusados de la Junta Electoral; y mañana acordaremos con la misma Junta, la Comisión que ha de salir a dar la última mano a este negocio, que me persuado se ponga en camino pasado mañana [...] Tenga Ud. la bondad de transmitir estas noticias a los dos amigos, añadiendo al general Ramírez que he detenido al ayudante Valle, porque he conocido que, como joven, no le sabía mal correrla unos días, pero que saldrá mañana y le llevará los impresos de su encargo”.⁴⁵

Los objetivos carrerinos en aquellas negociaciones tenían un destino concreto: el nuevo contexto político que envolvía a las provincias de la *antigua unión* resultaba

⁴² Iriarte, **Memorias**, op. cit. p. 231 y 238.

⁴³ J. P. y W. P. Robertson, **Cartas de Sudamérica**, Buenos Aires, Emecé Editores, 2000, p. 431.

⁴⁴ J. Pérez, **San Martín y José Miguel Carrera** op.cit. p.137.

⁴⁵ De Sarratea a José Miguel Carrera, 21 de febrero 1820, citado en **Revista Chilena de Historia y Geografía**, Tomo XL, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1921, p. 183.

propicio para gestionar recursos en procura de organizar un ejército con los chilenos incluidos en las filas de regimientos y batallones acantonados en Buenos Aires y en otras provincias. Antes de Cepeda, esa motivación que venía albergando desde años atrás, lo había conducido a emprender negociaciones con importantes líderes militares y territoriales. Poco después de Arequito, ese objetivo lo condujo a visitar al general cordobés Juan Bautista Bustos en La Herradura de cuya entrevista no obtuvo resultados favorables de acuerdo a sus expectativas. En cambio, la diputación enviada al líder insurrecto de San Juan, el coronel Mariano Mendizábal, fue exitosa en la medida que el flamante gobernador sanjuanino, y los oficiales del Batallón de Cazadores de los Andes, se comprometieron a sumar acciones simultáneas y coordinadas para conseguir dar por tierra con el gobierno chileno.⁴⁶ Esa gestión resultaba particularmente importante en la medida que cerca de mil chilenos integraban las filas del regimiento que bajo el liderazgo del oficial del ejército de los Andes y del teniente Francisco Solano Corro, habían liderado una rebelión que pulverizó la Gobernación cuyana el 9 de enero de 1820, y quebró el poder del partido *martiniano* vigente desde 1814. Finalmente con la venia del gobernador Sarratea, y en ausencia de Ramírez (quien se había desplazado a Entre Ríos)⁴⁷, Carrera consiguió reclutar cerca de 600 hombres que formaron campamento en los alrededores de la Chacarita provistos de uniformes, armas y municiones. Tomás de Iriarte recordaría años más tarde –al dedicarle al chileno una biografía– que Sarratea le había permitido “disponer de todos los soldados chilenos que servían en los cuerpos de la guarnición de la capital, y al mismo tiempo le proporcionó caballos, armamento, municiones, monturas y equipo”.⁴⁸ Según esta versión, pasaron a sus filas 600 soldados chilenos que dieron forma a un regimiento de Húsares, a las órdenes de José María Benavente, “primera espada del ejército chileno”, mientras que el resto de las compañías quedó a cargo de “buenos oficiales”, en su mayoría chilenos aunque integrada también por oficiales extranjeros, como el irlandés William Yates y el norteamericano Kennedy. La versión de Iriarte coincide con la del cónsul chileno en Buenos Aires quien informó a O’Higgins: “los cuerpos de Granaderos y Artilleros de esta guarnición eran compuestos en su mayor parte de chilenos y ahora han quedado en esqueleto por haberse pasado a la división de Carrera”.

La confianza de José Miguel de retomar el sendero trunco desde 1814 no sólo se tradujo en el nombre elegido para identificar al flamante regimiento bajo sus órdenes que evocaba su desempeño militar en la península y en la guerra librada en su terruño

⁴⁶ Beatriz Bragoni, “Fragmentos de poder. Rebelión, política y fragmentación territorial en Cuyo (1820)”, **Boletín de Historia Argentina y Americana**, Dr. Emilio Ravignani, 3º Serie, n° 28, 2º semestre de 2005, pp. 39-64.

⁴⁷ La literatura no elude el fenómeno de ninguna manera en la medida que atenta contra las versiones “nacionales” de la crisis del año XX en Buenos Aires. Ricardo Levene por ejemplo arguye que Sarratea no protegió a Carrera sino que la entrega de fusiles y municiones respondía a cumplir el Tratado de Pilar (23 de febrero) y que la participación de Carrera se explica porque era el apoderado de Ramírez. Véase, Ricardo Levene, **La Anarquía del Año 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas**, Buenos Aires, Unión de Editores Latinos, 1954.

⁴⁸ Tomás de Iriarte, **Biografía del Brigadier general D. José Miguel Carrera. Dos veces Primer Magistrado de la República de Chile**, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1863, p. 46.

contra las fuerzas que defendían la causa del Rey; la expectativa también adquirió traducción directa en una optimista proclama destinada a inflamar sensibilidades patrióticas con la confianza de que el arribo a Chile era inminente: “Vamos a Chile, vamos a ese país de delicias, en donde os recompensaré de vuestras fatigas y sin mezquindad.”

La controversia en torno a las disposiciones oficiales que habilitaron la formación del ejército de chilenos o “Restaurador” se convierte en un dato menor frente al impacto que tuvo en el corazón de la misma Buenos Aires. El 20 de marzo una nota anónima publicada en las páginas del *Año Veinte* hacía una advertencia de que no podía tolerarse que “el señor Carrera” levantara “un nuevo ejército”.⁴⁹ A esa opinión, se sumarían otras voces con el fin de señalar la manera en que esa excepcionalidad complejizaba aun más el crítico espacio político porteño: por un lado, no cabía duda alguna que el chileno Carrera había sido el agente principal de las negociaciones con los jefes del Ejército federal; por otro, qué tipo de representación o autoridad lo habilitaba a formar un ejército en el territorio provincial, y que Sarratea como gobernador no podía ni alentarlo ni menos aun proporcionarle a Carrera los medios para financiarlo; finalmente, cuál era el objetivo de esa fuerza militar que ponía en riesgo no solo la seguridad de las provincias sino la libertad de la misma Chile y con ella la de la empresa emancipatoria americana. Esa clave política fue la que utilizó el cónsul chileno, el Dr. Zañartú, al momento de enviar una contundente nota a Sarratea en la que protestaba contra la cooperación brindada a José Miguel Carrera que equivalía a una declaración de guerra expresa con el Estado y gobierno chileno. No fueron menos relevantes las opiniones vertidas por San Martín al tomar conocimiento de los avances obtenidos por José Miguel en el corazón de la capital de la flamante provincia de Buenos Aires. El intercambio epistolar que mantuvo con Zañartú, y la advertencia que elevó al cabildo de la ciudad de Buenos Aires exhibieron el impacto negativo que el protagonismo del chileno había producido en su histórico rival. El cónsul chileno no economizó palabras para confesarle a San Martín que Sarratea lo traicionaba “negramente” porque la amistad que tenían con Carrera se traducía en una alianza ofensiva y defensiva destinada a sostener su regreso al país vecino, para agregar luego que la “humillación de Buenos Aires” había hecho crecer la opinión adversa a su figura por haberse negado a asistir al ya disuelto gobierno central con las tropas a su mando⁵⁰; el oficio sanmartiniano al cabildo de Buenos Aires exhibe argumentos sustantivos de las razones que, a su juicio, habían prevalecido en aquella decisión y que no postergaba la urgencia de impedir que Carrera levantara “a la vista de V.S. y de ese heroico pueblo una división de tropas destinadas a pasar los Andes e introducir la anarquía en este Estado para desquiciar si es posible el poder preparado contra los enemigos de la América y saciar un espíritu de venganza”. Inutilizar los esfuerzos de ese “genio de la discordia” e impedir “la organización del armamento de Carrera en el seno de esa

⁴⁹ AGN- Sala VII, Biblioteca Celesia, 2, 11, 20. *Año Veinte*, 20 de marzo (Otro-Señores Editores, firmado Bruto).

⁵⁰ De Zañartú a San Martín, Buenos Aires, 23 de marzo de 1820, en *Documentos del Archivo San Martín*, Tomo III, pp. 661-663.

provincia”, se convirtieron en el nervio de la interpelación sanmartiniana la cual fue acompañada de una incisiva misiva destinada a exacerbar el “honor y gloria de ese pueblo” en procura de la cooperación de acciones para abatir la “audacia de un faccioso atrevido” que atentaba contra la libertad americana.⁵¹

Ahora bien, la inclusión de Carrera en la puja que afectaba a las facciones porteñas se convierte en un dato sugestivo para penetrar en el conflictivo escenario político que exhibía la ciudad y la campaña de Buenos Aires; además, y atendiendo a la dinámica política regional dirimida en la puja entre “soberanías independientes”, también permite conjeturar en cuánto esa participación podía llegar a interferir la trama de negociaciones y conflictos que rigieron las relaciones políticas entre Buenos Aires y los liderazgos federales en el curso del año XX. En la dura apelación esgrimida en las páginas del *Año XX* que disparaba contra la médula de la facción (¿federal?)⁵² porteña, representada por el apoyo obtenido del mismo gobernador Sarratea, emergían dos argumentos centrales en torno a Carrera y lo que éste representaba para los celosos guardianes del orden político bonaerense, y de su preeminencia en el concierto de los poderes territoriales surgidos a raíz de la fractura del poder central. El primero residía en su condición de extranjero: “El es un extranjero, no tiene, ni puede tener con nosotros más relaciones, que las que le dispensa la hospitalidad. Si esto es así (como nadie lo duda) ¿cuál es el derecho que le autoriza para tomar reclutas, levantar regimientos, y aun formar ejército?”.⁵³ Si el argumento elevaba a un primer plano identificaciones políticas y territoriales para nada desdeñables, vigorizadas por sensibilidades variadas que se sumaron los días siguientes,⁵⁴ el segundo no era menos importante en cuanto aludía al apoyo dado por Carrera a Alvear frente a su ambicioso proyecto de desplazar a Soler del mando de las tropas. Una opinión firmada por los “Cívicos de la Patria”, editada en el mismo periódico dos días después de la jornada liderada por Alvear a fines de marzo, expresaba:

“¿Qué quiere Carrera con fuerza armada en Buenos Aires? ¿Con qué destino forma recluta cuya bandera no se sabe de quien es en los contornos mismos de la capital? Esto sabe el gobierno. ¿Y lo tolera? Eh ahí substancialmente las preguntas que nos hicieron Bruto y el Amante de la Libertad en nuestro número anterior: nosotros

⁵¹ Oficio de San Martín al Excelentísimo ayuntamiento de la capital de Buenos Aires, Santiago de Chile 13 de abril de 1820, *Documentos del Archivo San Martín*, Tomo III, pp.665-668.

⁵² Fabián Herrero, “Un golpe de estado en Buenos Aires durante octubre de 1820”, *Anuario IEHS*, Tandil, n° 18, p. 71 y ss.

⁵³ AGN, Biblioteca Celesia, 2, 11, 20, **Año Veinte, El Amante de la Libertad**, n° 1, 25 de marzo 1820.

⁵⁴ La *Contestación a los remitidos contra Carrera* se expresaba en los siguientes términos: ¿Estará Carrera todavía bajo protección de la ley? Esos quinientos chilenos extraídos de nuestros regimientos para robar las estancias vecinas a la Chacarita donde se metieron, ¿no han hecho gemir bastantemente con sus latrocinios a nuestros infelices labradores? ¿qué erario lo sostiene? No abandonemos a nuestra infeliz campaña en las manos de un hombre cuyo corazón anima la venganza, no nos constituyamos el instrumento de ella. Ya vosotros tomasteis las armas contra la desordenada ambición demandaros: dirigidas también contra la venganza, y la intriga, acabad de haceros respetar dando un ejemplo al mundo de que existe todavía libre el pueblo argentino, **Año Veinte**, n° 2, sábado 1° de abril 1820.

*deseábamos responder antes aun que se nos hubiese preguntado: pero el suceso último de Alvear ha respondido por nosotros”.*⁵⁵

Existen pocas dudas que la inclusión de Carrera en ese terreno respondía a varios frentes: los lazos que unían a la precaria red de actores que pretendían heredar los resortes de poder del orden directorial porteño, la necesidad de robustecer la posición de sus eventuales aliados en Buenos Aires para evitar represalias por parte de los opositores en su travesía a Chile y, finalmente, la pretensión de sumar recursos a los ya obtenidos para asegurar su empresa. Sin embargo, este tipo de opiniones, aunque fragmentarias, no impugnaban tan solo ni la decisión del gobernador ni el accionar de Carrera y de su ejército restaurador formado por soldados chilenos que habían servido, en abrumadora mayoría, a los ejércitos realistas; en sentido estricto, esas impresiones exhibían una faceta para nada ocasional en el que un actor por demás inesperado –aunque no desconocido– se sumaba al complejo y agudo clima político porteño dirimido por tensiones interelites, disputas entre instituciones y una creciente movilización de la *plebe urbana* que el embate contra Soler había exacerbado.⁵⁶ Resulta por demás probable que durante la crítica jornada del 26 de marzo, el apoyo de Carrera y de los chilenos por él coaligados a Carlos de Alvear, haya colaborado en la movilización de los cívicos que restituyó a Soler en el mando. Al menos para Iriarte, el fenómeno no pasó desapercibido cuando pretendió atravesar las calles de la ciudad con el objeto de “extraer del cuartel monturas para la caballería chilena”, y se puso en contacto con “la plebe sublevada que abrigaba un odio mortal contra los chilenos”.⁵⁷ La especificidad de aquel momento de efervescencia política de la plebe porteña (y no sólo de ella) quedó atestiguada en innumerables registros de época; de ellos se desprende una atmósfera de incertidumbre generalizada que ameritó ser identificado por el

⁵⁵ La opinión manifestaba: “Se duda que dirección podrá darle a su ejército; por ahora ninguna, solo es su plan proteger a Alvear, para que colocado en Buenos Aires sea a su vez protector del otro para su colocación en Chile, siendo entretanto Buenos Aires, quien sufrague los gastos de uno y de otro, por conducto de su señor gobernador”. (hay una nota de editor dice que no tiene noticia del mérito de afirmación). “Muy fuertes razones nos persuaden a opinar de este modo: primera, que el señor gobernador no ha dado hasta ahora satisfacción al publico de haber dado armas, dinero y pertrechos al señor Carrera, permitiendo entretanto, que nuestros soldados se deserten a sus banderas: segunda que el día Domingo estando Alvear en el cuartel de aguerridos no dio la menor providencia para sofocar la insurrección, permitiendo que lo echasen a bordo al señor Soler, nuestro muy amado general. Cuatro gatos son los veteranos; a estos los hubiésemos desbaratado en el momento de estar recibiendo dinero, si el señor gobernador da alguna orden: el miró con indiferencia la cosa, sin duda se acordó que los cívicos no necesitamos ordenes cuando se trata del bien de la patria”, Buenos Aires, 28 de marzo de 1820, Firmado por Los cívicos de la Unión [Nota que advierte sobre pertenencia de opinión a Cívicos en injurias contra el gobernador. Más allá de ello, Bernardo Vélez, editor de la *Gazeta Ministerial* celebra que la defensa de libertad de Imprenta y de opinión].

⁵⁶ Enrique Barba, **Unitarismo, Federalismo, Rosismo**, Buenos Aires, CEAL, 1994; Gabriel Di Meglio, “La consolidación de un actor político: los miembros de la plebe porteña y los conflictos de 1820”, en Sabato-Lettieri, **La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces**, Buenos Aires, FCE, 2003, pp.173-189 y su **Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo**, Buenos Aires, Prometeo ediciones, 2007.

⁵⁷ Iriarte, **Memorias**, p. 271.

sargento mayor de artillería Esteban de Luca —el Director de la Fábrica de Fusiles— como producto de la acción de los “demagogos”, y por la emergencia de un “fanatismo político comparable con el fanatismo religioso”, que imponía soluciones de excepción ajenas a la política y contrarias a las revoluciones con el sólo propósito de consolidar la independencia de toda fuerza “extranjera”.⁵⁸

Palabras finales

En el manifiesto carrerino de 1818 José Miguel se había definido a sí mismo como “extranjero en un país libre”, y el apelativo “chileno” había estructurado una experiencia política singular a lo largo de su errante y vertiginoso periplo rioplatense. La experiencia de la emigración, y la negativa del poder revolucionario en ambos márgenes de los Andes habían enfatizado y precipitado los componentes identitarios en relación a una comunidad de pertenencia primero imaginaria, y luego materializada por la independencia chilena. Y si resulta claro que la retórica del chileno se elevaba como recurso de excepción frente al limitado margen de maniobra impuesto por su condición de “emigrado”, el repertorio de estrategias ensayadas habría de enarbolar el componente patriótico como elemento clave para la acción política. En tal sentido la biografía insurgente de José Miguel en el Río de la Plata puede representar un caso límite de aquello que Pilar González Bernaldo postuló en un artículo pionero en relación a la conformación de identidades políticas nacionales en el temprano siglo XIX no necesariamente idénticas a las que más tarde habrían de estructurar la formación de los estados nacionales.⁵⁹ En efecto, la experiencia de Carrera en el Río de la Plata exhibe la manera en que el apelativo chileno operó como dispositivo eficaz de una temprana identificación étnica con capacidad de movilizar acciones políticas individuales y colectivas. Y si bien el fenómeno ilustra el peso de componentes identitarios de los tiempos borbónicos previos a la revolución y las guerras de independencia, estos no parecen representar una continuidad inalterable de las prevalecientes en las antiguas “patrias criollas”.

La guerra de propaganda llevada a cabo por José Miguel construida e ideada desde los márgenes del poder revolucionario se revela como contrapunto formidable para evaluar no sólo la manera en que aquellas podían gravitar en el nuevo escenario, sino además ofrece evidencias firmes para comprender mejor las tensiones existentes en el interior de las élites patriotas en los precarios emprendimientos soberanos herederos de la crisis imperial. Ese fragmentario aunque compacto discurso opuesto decididamente al ejercicio del poder de los directoriales, revela no sólo los pormenores de disputas facciosas sino también de la variedad de adaptaciones y resoluciones

⁵⁸ AGN-Museo Histórico Nacional, Legajo n° 12, Carpeta L, n° 579.

⁵⁹ Véase Pilar González Bernaldo, “La “identidad nacional” en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”, *Anuario IEHS*, n° 12, 1997. Además, Jorge Myers, “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno la nación y el rol de la prensa: El Argos de Buenos Aires, 1821-1825”, en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 39-63.

concretas en que la reversión de la soberanía de los pueblos daba sustento a la acción política y ponía severos reparos a la vocación americana con la que los conductores de las guerras de independencia pretendían galvanizar las divisiones y/o pretensiones “localistas”.⁶⁰ La argumentación carrerina permite evaluar justamente el estratégico uso de ese lenguaje para impugnar la guerra que libraba el gobierno de Buenos Aires en el Litoral, y hacer de la intervención del ejército sanmartiniano en Chile un ejemplo incontrastable de la pretensión hegemónica, y no libertaria, del gobierno de los “porteños”.

Esa toma de posición frente a un adversario común fue la que habilitó su ingreso a la coalición de jefes federales como líder de una división de chilenos. Y si esa inclusión fue interpretada por sus tenaces adversarios como producto de aspiraciones puramente personales, el impacto que habría de tener la intervención carrerina en la escena política de la flamante provincia de Buenos Aires y la formación de un ejército integrado por oficiales y soldados chilenos después de Cepeda, desnaturaliza absolutamente cualquier tipo de imputación personal sobre su desempeño político. Ese acontecimiento precipita definitivamente una opinión decididamente adversa entre sus más enconados rivales en Chile y en el Río de la Plata, y sólo entonces el perfil del líder chileno con aspiraciones de regresar a su patria habrá de ser identificado como “anarquista”, “aventurero”, “montonero” o “monstruo de América”, el mismo apelativo con el cual los directoriales habían identificado el accionar de José de Artigas. No obstante, el rasgo distintivo que habría de identificar el desempeño político de José Miguel sería el de “extranjero y chileno”, un asunto que resultó inaceptable para buena parte de la opinión porteña y de las provincias de la antigua unión.

⁶⁰ Tulio Halperín Donghi, **Crisis y disolución de los imperios ibéricos**, Alianza, 1986; Francois Xavier Guerra, **Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas**. Madrid, MAPFRE, 1992; Jaime Rodríguez, **La independencia de la América española**, México, El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, 1996; José C. Chiaramonte, “Acerca del origen del estado en el Río de la Plata”, **Anuario IEHS**, Tandil, n° 10, 1995; **Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846**, Buenos Aires, Ariel, 1997; **Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias**, Buenos Aires, Sudamericana, 2004. José M. Portillo Valdés, **Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana**, Madrid, Marcial Pons, 2006.